

Vidal tenía que morir

CARPENOCTEM // Narrativa

Vidal tenía que morir

Juan Novo Cuadrapani

A Julián Novo López, *in memoriam*

CARPENOCTEM // Narrativa

Vidal tenía que morir.

©Juan Novo Cuadrupani, 2021

De esta edición:

©Editorial Carpe Noctem, 2021

www.editorialcarpenoctem.es

Diseño de cubierta: Carlos Primo

ISBN-13: 978-84-948632-9-5

Depósito Legal: M-10217-2021

Impreso en España.

Reservados todos los derechos.

ÍNDICE

El hombre que se parecía a Luca Brasi.....	9
El deseo estancado	20
Bea.....	29
Los objetos	35
Parque de las Avenidas	54
Deliciosa.....	72
Santiago Torres Teruel.....	82
El Pelele.....	91
El Infierno	103
Vidal tenía que morir.....	120
El recuerdo que seremos	135
La Latina	153
La voz de papá	162
Sin sexo no hay <i>best seller</i>	178
La Cita	194
Estar.....	223
La novela.....	232

Parece una broma, pero somos inmortales.

Julio Cortázar. «Una flor amarilla»

Cuando le preguntaban por qué ya no escribía, Juan Rulfo solía contestar: «Es que se me murió el tío Celerino, que era el que me contaba historias».

Enrique Vila-Matas. *Bartleby y compañía*

El hombre que se parecía a Luca Brasi

Fue un domingo plomizo, con el sol agazapado tras el cielo, uno de esos días de bochorno que reman entre la tristeza y el tedio y que parecen hechos a propósito para una larga siesta de despertar lento. Era la hora de comer y había poca gente en la calle. Pero a Santiago Torres Teruel le dio igual el tiempo que hiciese o si la luz estaba mutilada por nubes asfixiantes. También le dio igual quién pudiera verlo o si alguien reconocería su rostro días después.

Esperó tranquilo con un bate de béisbol en su mano derecha. Cuando vio a Vidal, envalentonado por una helada ira, se acercó a él y lo golpeó dos veces con el bate. El primer golpe alcanzó su clavícula izquierda. Su víctima cayó al suelo entre dolorido y asustado. Con el segundo golpe le rompió la cabeza y lo mató. Luego, tiró el bate al suelo y se fue andando con parsimonia. Como quien quiere dar un relajante paseo dominical.

—No sabemos si conocía a mi hermano Vidal. Solo sabemos que ese tío estaba forrado de cojones y que era directivo de una multinacional. Ahora está detenido —me dijo Luisito con resignación—. Mi otro hermano, el mayor, Carlos, está hablando con la policía.

Luisito me contó esta historia la misma noche en la que yo velaba el cuerpo de mi padre en el tanatorio de la M-30. Mi madre había insistido en que me quedase junto a papá, cosa que me extrañó porque nunca ha sido una ferviente católica: «Quédate con él, hijo, que me da no sé qué dejarlo solo». Sí, así me lo dijo, aunque parezca absurdo. Yo no tuve más remedio que obedecer sin preguntar nada y, por supuesto, sin tratar de explicarle que no era que papá se quedara solo, era que papá ya no estaba.

Al poco tiempo le busqué a la situación la parte positiva. Sabía que en el tanatorio ponían las copas a buen precio. Pasé una media hora mirando la cara pálida de papá como quien observa una postal vacía y sin remite. Probé el sofá que había frente al cuerpo muerto para imaginar mi sueño posterior y después bajé a la cafetería con la garganta áspera y ansiosa.

La barra estaba vacía y en las mesas solo había algunos clientes apurando sus cafés. Un plan perfecto, no quería compañía. Tenía calor y ganas de emborracharme levemente. Un par de copas serían más que suficientes para que el duermevela causado por el alcohol empapase mi pensamiento y me hiciese olvidar sin perder la cordura ni ponerme ñoño o inútil. Con ese puntito duermo muy bien y la ocasión era perfecta para un sueño despreocupado. Nada de darle vueltas a quién había sido mi padre y cómo había muerto, sus buenos actos y su lenta agonía, sus silencios, sus manías y sus obsesiones literarias.

Me acodé en una esquina de la barra, en una zona retirada, y pedí un *gin-tonic*. Mientras el camarero echaba los hielos, noté la presencia de un hombre enorme y gordo de cerca de dos metros y, calculé, no menos de ciento veinte kilos. Pude percibir que tenía unas ojeras cetras e insalubres y que respiraba con incómodos susurros, como el sonido de un coche al ralentí: tenía los pulmones embarrados de nicotina. Alerta, me mantuve pendiente de cualquier movimiento extraño que pudiese hacer. Pidió un *whisky* solo con una voz rota y desgastada por el tabaco. La fatiga inexistente le hizo toser. Escupió el aire haciendo que el eco de su ronquera batiese por toda la cafetería como un seísmo.

Tenía un cráneo relativamente pequeño si se comparaba con su mandíbula, de huesos anchos y desproporcionados, un rostro que se iba ampliando según avanzaba hacia la papada carnosa. Su cabeza parecía una pera. O un globo de esos que pinchan los niños en las fiestas de cumpleaños. Coloqué el periódico en su dirección para que me fuese más fácil inspeccionarlo, una técnica tan antigua como infalible, creí entonces.

A los dos tragos largos que dio a su *whisky*, empecé a encontrarle familiaridad con alguien que no logré situar. Confirmé, eso sí, que tenía un aspecto siniestro; vestía totalmente de negro y eso ayudaba a darle una apariencia de matón frío y sanguinario, de esos que no tienen problema en cometer sus asesinatos y que no reparan en métodos macabros ni atienden a súplicas compasivas.

Al poco tiempo detectó mis disimuladas miradas y me tendió la mano sin apenas darme tiempo a salir en retirada.

—Luis —se presentó mientras estrechaba mi mano que comenzaba a temblar—. Pero todo el mundo me llama Luisito —aclaró rápidamente.

Su mano era fornida, con los dedos bastos pero pequeños y unos nudillos enrojecidos. Me fijé en que no tenía ningún anillo. Acercó su taburete al mío.

—Puede que le extrañe mi diminutivo, pero soy el pequeño de tres hermanos. También soy el más grande, curiosamente. De cuerpo, me refiero —añadió riéndose con confianza—. Nunca me molestó que me llamasen Luisito, al revés.

»Ya se sabe, se quiere lo que no se tiene y yo siempre quise ser más delgado y más bajito. Así que me gustaba lo de Luisito. Y me gusta —añadió para dar después un trago mortal a su copa y pedir otra con un gesto decidido.

Siguió hablando mientras yo asentía cauto, haciendo cábalas tan ridículas como si sería posible, una vez me hubiese desprendido de aquel matón de monólogo incansable, pedir una llave para encerrarme en la sala mortuoria junto a mi padre y no sentir temor ante una posible visita de Luisito.

—De pequeño era yo quien defendía a mis hermanos mayores en las peleas callejeras. Lo contrario de lo normal. Pero también me gustaba hacerlo porque yo quiero mucho a mis hermanos, sobre todo, a Vidal.

Fue entonces, al confundir el pasado con el presente, cuando me contó aquella historia que les he relatado al principio. Un golpe con un bate, primero en la clavícula y, luego, otro en la cabeza que lo mató en el acto.

—Yo me he ocupado más de las cosas de la familia, de atender a mis padres, a familiares y a amigos. Mi otro hermano, el mayor, Carlos, está hablando con la policía. A ver qué me cuenta.

No sé si sería un matón pero, sin duda, era un hombre de excesos. Además de beber con celeridad, hablaba a trompicones y con una voz alta e intimidatoria. Aproveché un breve silencio para presentarme.

—Guillermo, mi nombre es Guillermo.

No es que yo tuviese muchas ganas de darme a conocer, de darle pistas sobre mi identidad, pero decidí presentarme para no ofenderle por la pregunta que pretendía hacerle. Si él se había tomado la confianza de

contar, yo podía tomarme la confianza de preguntar. Eso sí, con mucha cautela y sin desechar la posibilidad de estar frente a un asesino.

—Perdone que no lo haya dejado ni hablar —se disculpó. Una tos a tiempo me permitió intervenir.

—Es igual, Luisito, pero ¿Vidal no conocía de nada al asesino? —pregunté. Su labio inferior bajó y sus ojos tornaron a los de un depredador del abismo.

—Ya le he dicho que creemos que no, aunque no lo sabemos con certeza. La policía parece que no encuentra relación alguna entre los dos. Ese tío no tenía antecedentes, no era un chungo. —Como yo, pareció decir—. ¿Entiende? —Su tono ya era más suave, había cambiado. Precisamente por eso me inspiró más temor.

»Lo único que sé —prosiguió— es que el asesino era un importante ingeniero, un tipo de esos que trabaja mucho en Dubái o en Catar. Un forrado de cojones, un hijoputa millonario que lo mató en plena calle con un bate de béisbol. Lo contrario de lo normal —repitió con pudor, como si algún menor estuviese cerca.

—¿A qué se refiere?

—Lo normal hubiera sido que fuese un yonqui, un *tarao* o un ladrón —prosiguió mirando a los lados—. O un cabrón al que le debiese dinero. Cosa, esta última, que me extraña, porque mi hermano vivía con poco, con su deporte, su montaña y poco más. No le iba nada lo de salir por la noche. No se mezclaba con chusma. Era un tipo normal, sin nada raro. Eso creo yo, eso me pregunto —añadió con cierta pesadumbre mirando el *whisky* como si buscase en él la respuesta a esa pregunta que formulaba en clave interna.

—¿Qué se pregunta?

—Si era un tipo normal. Realmente no sabía nada de Vidal pese a ser mi hermano. Sí sabía, pero no sabía. Quiero decir que realmente no sabía quiénes eran sus amantes ni cómo eran sus fines de semana en la sierra, su tiempo libre, sus cosas, sus polladas... —Se quedó pensativo y continuó —: Sabía que se iba a la montaña, pero no con quién. «Con unos amigos», me decía. ¡Yo que sé!

»Mira, Gustavo —añadió errático y agarrando mis manos durante un instante—, nos hacemos una idea de las vidas de los otros, de amigos, familiares, novias o mujeres, y, en realidad, es solo eso, una idea. Sus vidas son nuestra idea: son lo que nosotros queremos que sean. Pero, de pronto, un día nos damos cuenta de que no sabemos quiénes son, quiénes han sido, quiénes eran.

»Nos damos cuenta de que nos hemos estado engañando, no ellos a nosotros, sino nosotros a nosotros mismos. Les pasa mucho a los enamorados, a los divorciados, a los padres con sus hijos adolescentes o a los hijos que todavía no son adolescentes con sus padres. No es que ellos nos diesen esa imagen, es que nosotros nos hacemos esa idea de ellos a conciencia, casi porque nos interesa y reconforta, y esa idea está marcada y asumida.

»En este caso, yo tenía esa imagen de él, la de un tipo normal, un deportista con pocos problemas. Y esa idea no la quería cambiar. Entonces, Vidal pudo pensar, ¿para qué contarle, para qué explicarle que no soy así, para qué tratar de cambiar su idea de mí? ¿Para descolocarlo? ¿Para que no lo asuma? Eso también pasa mucho...

—¿El qué pasa mucho, Luisito? —pregunté

—Que la gente se haga una idea de alguien y, si ese alguien no es así, los demás no crean quién es realmente, lo nieguen, lo rechacen. Es decir, que la gente a la que se está engañando, no permita que le cambie la idea que tiene de una persona, porque eso le rompe esquemas y no lo admite. Preferimos el engaño.

Pensé en mi padre, yacente en el piso de arriba, en sus libros, en su aparente tranquilidad, en su rectitud y en su disfrute interno de la lectura. Él para mí había sido un profesor admirado y admirable, un hombre entregado a la literatura, a mi madre y a la continua búsqueda del bien de sus hijos. Luisito había despertado demonios imprevistos. Barajé la posibilidad de haber tenido esa arrogancia de presuponer sin conocer profundamente, de poner un nombre y una forma de ser a papá porque así lo quería creer y no porque fuese así. Quizás papá fue otro y no el imaginado por su hijo.

—Puede que Vidal fuese para mí lo que yo quería que fuese y no lo que era realmente, ¿entiende? Lo que me jode es eso, que mi hermano

puede que haya sido un desconocido y que yo lo haya permitido durante mucho tiempo. No me esforcé realmente en conocerlo, quizá porque me convenía, porque me interesaba pensar así de él y él no estaba por la labor de luchar para cambiar mi percepción.

»¿Para qué? Su hermano pequeño pensaba bien de él, pero ¿y si era un cabrón? Un cabrón oculto. Me refiero a un asesino, un depravado, un pederasta o un camello, no sé. El caso es que ahora me lo pregunto, ¿entiende? —Por supuesto no me dio pie a contestar, pero sí a trasladar el mismo pensamiento sobre mi padre muerto.

»Conmigo era una buena persona, así me lo hacía ver —continuó—. Pero realmente no sé cómo era, cómo era su vida con los demás. Me refiero a su vida no declarada, a la no contada en una comida de Navidad.

Se agarró el pelo fosco de forma desesperada y dejó ver algunas entradas. Su cuero cabelludo estaba preñado de sudor. Me miró como reclamando una ayuda que yo no podía darle.

—No sé dónde tocar —añadió—. No sé dónde husmear para saber por qué ese hijoputa lo mató con un bate de béisbol sin miedo a que lo descubriesen. Con toda tranquilidad, sin huir ni esperar. ¡Pum, pum! —exclamó mientras imitaba el movimiento con las manos—.

»Me lo cargo, aunque sea lo último que haga, ¿entiende? —Sin esperar respuesta sentenció—: Ese puto ingeniero tenía que estar construyendo puentes en el desierto y no matando a mi hermano. Lo contrario de lo normal —repitió.

Dejamos aflorar un silencio pesado, pidió otro *whisky* y yo otro *gin-tonic*. Por un momento pensé en hablarle de mi padre, pero luego decidí que no procedía y que tampoco sería una buena táctica para sonsacarle más cosas. Renegué de esa vieja argucia de buscar un punto de unión, de identificación en la desgracia. Además, no era necesaria, Luisito largaba sin tener que recurrir a tretas compasivas.

—¿En qué trabajaba Vidal? —pregunté.

—Era profesor de Educación Física. Pero llevaba unos meses sin trabajar. Era un tipo genial, un buen hermano y una buena persona —dijo lamentándose—. Era grande, pero no como yo, más bien fibroso. Tiene dos años más que yo.

Otra vez confundió los tiempos verbales. O no reparó en que su hermano estaba muerto al decir ese «tiene» en lugar del «tenía». Normal en situaciones imprevistas en las que no se quiere reconocer o no se ha digerido todavía lo sucedido. Me acordé de mi madre: «Quédate con él, hijo, que me da no sé qué dejarlo solo».

—Le dio por hacer kárate y llegó hasta cuarto dan. Muy disciplinado y seguro de sí mismo. Es normal, desde pequeño daba buenas hostias. Pero yo impresionaba más que él, ¿eh? —añadió alzándose sobre el taburete como si se sintiese orgulloso de su fornido aspecto.

En ese momento inició una portentosa acometida pulmonar que lo hizo tambalearse. Puse la mano a modo de protección temiendo que se me echase encima al ver cómo tosía y se movía de forma iracunda y duradera. Me sentí como un torero que no quiere serlo y al que un astado acomete. Lo frené y lo senté en una silla junto a una de las mesas de la cafetería. Ya no quedaba nadie. Nosotros dos y el camarero impasible. Ya sentado, se serenaron los fuegos sonoros; abotargado, comenzó a respirar lentamente.

—Agua, por favor —reclamé al camarero.

Trajo un vaso que Luisito miró con desprecio. Luego acercó a la mesa las copas que estaban en la barra y dio un trago reponedor al *whisky*.

—¿Estás mejor? —pregunté.

—Sí. Gracias, Gustavo.

—Guillermo, me llamo Guillermo.

—Eso... perdona, Guillermo.

—No te preocupes. ¿Estás mejor? —insistí.

—Sí, sí —dijo volviendo a mirar a un lado y a otro, como vigilando o esperando algo.

La idea de que aquel hombre fuese un matón se me había borrado por completo. La historia de Vidal me había retirado cualquier pensamiento absurdo y no me dejaba de tintinear el cerebro como un dolor de cabeza incómodo y presente. Sabía que había encontrado una historia, que tenía una novela, una novela negra, una historia real que podría manipular en la ficción. Aquel último apunte sobre el muerto y su

progreso en las artes marciales me inquietó aún más y me dio más aliento y misterio para construir el relato.

Aun así, quedaban grietas sin cerrar. No me cuadraba que un ingeniero «forrado de cojones» —al que todavía no había puesto ni cuerpo ni rostro, pero al que no imaginé especialmente fuerte— se hubiese acercado a un cuarto dan de kárate y, por mucho bate de béisbol que llevase, lo hubiese matado. Vidal podría haber reaccionado con mayor destreza, podría haber evitado el golpe o bien haberlo repelido de alguna manera. Además, me llamó la atención que el primer golpe, por muy certero que fuese, le alcanzase la clavícula. Deduje que el ingeniero debió ir de frente, no por la espalda y, supuestamente, mover el bate de arriba abajo. Si hubiera sido así, que hubiera ido de frente, sabido es que un experto karateka podría haberlo frenado o esquivado. Eso, si era verdad que Vidal era un experto luchador. O Luisito me mentía ayudado por los *whiskies* o la escena estaba mal construida.

—Perdona, Luisito, pero hay una cosa que no entiendo...

—¿Una? Hay muchas.

—Ya lo sé. Pero si Vidal era profesor de gimnasia, cuarto dan de kárate, un karateka que daba muchas hostias como tú has dicho, incluso alto, como también has dicho, ¿cómo no logró frenar al asesino o, al menos, apaciguarlo?

—Lo pillaría por sorpresa. ¡Qué más da eso! —dijo con desidia. Me daba la impresión de que, tras toser con tanta fuerza, se le habían pasado las ganas de hablar y hasta la borrachera.

—El primer golpe se lo dio en la clavícula. Tuvo que ser un golpe de frente —le dije.

—Pudo esquivarlo. Pudo ir hacia la cabeza y, al moverse mi hermano, al esquivarlo... ¡chas!, le dio en la clavícula.

—Sí, pudo ser, pero me parece raro que...

—Mira, Guillermo —me interrumpió—. Cómo pasó me importa un bledo, sinceramente. Me da igual su clavícula. El caso es que el tipo que lo mató tenía un motivo que todavía no me cabe en la cabeza. Lo que me importa es qué hizo mi hermano para que lo matasen, en qué lío estaba metido.

Sin darme cuenta estaba disfrutando de aquella historia, seducido por unos hechos de esos que te obligan a hacerte preguntas y te obnubilan, te aprisionan en un lugar que desconoces y te hacen indagar en los detalles que conoces o en los que no: la luz que pudiese haber ese día, el sonido de los coches, los rostros de los protagonistas, sus gestos, las arrugas de sus caras y hasta sus respiraciones.

Me estaba convirtiendo en el atento receptor de una ficción, un cuento para antes de dormir, embriagado por un hecho que había ocurrido hacía apenas unas horas pero que podía haber pasado muchos años atrás.

Sí, aquel Vidal y el bate de béisbol eran una novela negra y yo era su primer lector y posiblemente su escritor. Ambicioné saber más, buscar como un arqueólogo en el pasado postulándome para relatarla, ser su transmisor para que otros la disfrutasen. Aquel pensamiento se rompió de pronto cuando, como un disparo imprevisto, como un despertar repentino en un lugar que no aciertas a concretar, situé a Luisito en otro tiempo y en otro lugar.

Regresé a las calles de mi barrio, a mi adolescencia atribulada y a mi juventud de cine y guitarras, de casetes y porros, de *mods* y *rockers*, de palomitas en el cine Fantasio o de litronas en el Covacha, a una pantalla gigante con Luca Brasi negociando con Virgil Sollozzo. Luisito era el calco de Luca Brasi, era clavado al asesino máspreciado de los Corleone en la película *El Padrino*. En una de las más memorables escenas de la cinta, Luca Brasi, leal soldado de la familia, simula negociar con los Tattaglia para sacarles información. Lo recibe el Turco, Sollozzo, junto a Bruno Tattaglia. Ambos quieren los favores y el permiso del resto de las familias de Nueva York para poder traficar con heroína. Pero deciden no andarse con chiquitas y asesinan a Luca. Es estrangulado por un hombre que aparece por detrás mientras Sollozzo le clava un cuchillo en la mano y un hermano Tattaglia le agarra la otra mano.

Ahora Luisito me miraba con el mismo gesto que Luca miraba a Sollozzo momentos antes de su muerte: con la cabeza ladeada y la mirada recelosa, simulando auscultar en mi rostro un posible engaño. Sin embargo, yo no era Sollozzo y no tenía un cuchillo. Solo tenía ganas de

aplacar mi curiosidad nacida en la cafetería situada debajo del lugar en el que los muertos descansan en su primera noche.

Como si la película siguiese rodándose en ese momento, un hombre se acercó por detrás. Al contrario que en la ficción, no lo ahogó con una cuerda después de que yo le clavase un cuchillo en la mano. El tipo que aparecía detrás de Luca Brasi era un hombre bajito, con la frente limpia y escaso pelo en el resto de la cabeza, unas gafas redondas y unos ojos que, sin embargo, sí se parecían a los de Luisito: oscuros y sombreados por unas llamativas ojeras. Llevaba un traje gris, una corbata negra y una camisa blanca. No sacó ninguna cuerda, ya digo, sino que simplemente puso la mano en el hombro de mi interlocutor. Luisito se dio la vuelta y, al verlo, arrastró la silla apresuradamente para levantarse. Se saludaron con un abrazo; más entregado el de Luisito. El tipo me censuró con la mirada. A mí y a las copas que había sobre la mesa.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Luisito con voz balanceante.

El tipo, que deduje era su otro hermano, lo calmó con una caricia en el cogote sin dejar de mirarme. Aquello me repelió. Era el mismo gesto que solía hacerme mi hermano mayor, Edu, cuando me saludaba. Una caricia suave, arrogante y pestilente que siempre trataba de evitar, pero que siempre me transmitía algo parecido a una declaración de superioridad que me exacerbaba. Luego miró a Luisito preguntando por mí con un movimiento de cabeza.

—Perdona. Este es Gustavo. Un amigo que me he encontrado en la barra.

—Guillermo —corregí mientras le tendía la mano. Tardó un tiempo en dármele sin disimular su desconfianza.

—Carlos —dijo de forma seca. Miró otra vez a las copas, esta vez a propósito, como pidiendo explicaciones a Luisito por haberse emborrachado con un desconocido—. Encantado, Guillermo —añadió mientras dejaba un billete de cincuenta euros en la mesa.

»¿Será suficiente? —preguntó con altivez como si en el compadreo de los borrachos nos valiese un billete para acallarnos y acatar a quien tiene el poder y el dinero.

Un matoncillo barato y petulante que se cree elegante en el desprecio. Podía no haber cogido el dinero, pero eso también me hubiera

aproximado al otro sector que repudiaba enormemente, el de los fanfarrones pagadores de taberna. Su hermano se había metido entre pecho y espalda tres *whiskies* y, tras aguantarle la perorata, no estaba dispuesto a que huyese ahora con su hermanito. Seguro que tenía muchas cosas que contarnos tras hablar con la policía.

—Por supuesto —respondí sin dejar de mirarlo, aceptando el desafío—. Siento mucho lo de Vidal —añadí.

No fue casual que lo llamase por su nombre, Vidal, y no por su vínculo familiar, hermano. Y así creo que lo entendió Carlos. No solo quería retenerlos, saber más sobre la historia, sino advertirle de que yo era un tipo listo, que conocía lo sucedido y, de paso, hacerle saber que aquellas maneras de burda distinción con su billetito ni me amedrentaban ni me imponían.

Bajó la vista nuevamente con desprecio e hizo el ademán de llevarse a Luisito agarrado por el cogote. Sin embargo, Luisito Brasi, con un movimiento que sería normal para él pero brusco para el resto, se zafó de su hermano y me abrazó de forma angustiosa y resbaladiza para besarme salivoso en un moflete. Con la borrachera en álgida tristeza, dejó caer:

—Da igual, Vidal tenía que morir.

El deseo estancado

Sueño con un río en pleno verano. Soy un chaval que está en calzoncillos y mira el agua correr. El sol acaricia mi piel de niño callado. Ver cómo se desliza el agua me llena de felicidad, de comunión franca con la naturaleza, de limpieza pura aireada de ruidos. Pero siento cierto temor. Pienso en qué habrá debajo de la superficie hermosa y enigmática. Lo que veo es maravilloso, pero debajo puede que se esconda un gran monstruo devorador o unas piedras duras y afiladas que, al tirarme, me abran la cabeza, me lastimen las rodillas o, incluso, me dejen inconsciente y me hagan morir ahogado.

Es una sensación extraña. Quiero observar el río cambiante con su inasible belleza, pero también me tienta descubrir su interior para adorarlo o renegar de él. Es entonces cuando la mano de mi hermano Edu me empuja sin dejarme posibilidad alguna de decisión haciendo que, en el instante en el que estoy en el aire, el temor se transmute en miedo y la belleza en horror. Caigo y el impacto con el agua me solivianta. Compruebo que no ha pasado nada, que no hay nada, ni monstruo ni piedras. Aun así, desconfío de esa primera y rápida inmersión y busco la orilla entre respiraciones agitadas y nerviosas.

Mi hermano Edu me observa, también en calzoncillos, mientras ríe con más burla que gracia, con más saña que divertimento. Veo su silueta fibrosa con el astro rey cayendo de lado y pienso en que me gustaría tener su cuerpo de deportista, sus abdominales marcados y sus brazos moldeados; pienso: qué rabia no poder ser él. También pienso en que quiero matarlo. Cojo una piedra y me incorporo apoyándome con un brazo en la orilla para lanzársela certera a la cabeza.

Suena el teléfono móvil.

—Guille, ya estoy en España.

El Gran Hombre había llegado. El escritor de éxito, el profeta, había regresado a su tierra para dar el último adiós a su padre. El despertar me había devuelto a la realidad más áspera de la familia, esos seres que no eliges pero que no te dejan en paz, que necesitas y que detestas por igual.

«¿Por qué no le tiré aquella piedra?», me pregunté mientras escuchaba su voz.

—Estaré allí en una hora aproximadamente. Mamá no me coge el teléfono. ¿Guille? ¡¿Guille?! ¿Estás ahí? ¡Guille! ¿Dónde estás?

El despertar se me había atragantado. No había sido una pesadilla con mi padre arengándome sobre mi futuro y reprochándome el porvenir derrochado por mis incorrecciones o, como él me decía, por «las musarañas que tienes en ese melón»; ni mi madre alertada por alguna desubicación propia de su edad pidiéndome, por ejemplo, que fuese a buscar a mi padre al hospital; ni mi mujer, Bea, meneándome suavemente para que no llegase tarde al trabajo. Había sido mi hermano Edu, el niño elegido tocado por las musas y el reconocimiento —el mismo al que debí abrirle la cabeza aquella tarde en el río y otras muchas veces más—, quien me había sacado del sueño agitado.

Me masajé la nuca con una mano, me puse de pie y esperé a que se colocasen mis neuronas dispersas por los *gin-tonics*. Me situé. Tres personas: mi padre, Luisito y Vidal; el muerto, el vivo y el que tenía que morir.

—Estoy en el tanatorio. He pasado aquí la noche. Con papá.

Escuché que chistaba y juraría que hasta levantó las cejas y se violentó con mostrada arrogancia.

—Joder, Guille, que papá está muerto. ¡Papá ya no está! Habrás pasado la noche velando su cuerpo —me dijo en tono de hastío como quien explica por enésima vez una suma de dos dígitos.

Me acordé de mamá y pensé —otra vez— en que debí tirarle la piedra a la cabeza.

—Sí, claro, eso. Mamá me pidió que me quedase aquí con él. Ya sabes. Estoy en el tanatorio.

—Bueno, es igual. —Debió de revolotear otra vez el gesto—. Tienes que ir a casa a ducharte, que seguro que estás hecho un cerdo después de dormir allí como un gitano. ¿Cuándo es el entierro? Hoy, ¿no? —Como era de esperar, no me dio tiempo a contestar y añadió—: ¿A qué hora?

—A las doce, el coche saldrá de aquí...

—Bueno, pues ve a ducharte y luego vas a casa a buscar a mamá. Nos vemos en el tanatorio.

Colgó sin esperar respuesta, seguramente con un resoplido de esfuerzo contenido al que le seguiría una mesada de cabello y una negación de desesperación exagerada. Llevaba casi un año fuera de España y no sabía ni cómo se había organizado el funeral ni los últimos momentos de la vida de papá. Pero, eso sí, ya había tomado las riendas de la situación. Era lo normal en mi familia. Era lo contrario de lo normal en cualquier otra.

Me estiré para activar mis músculos, me puse la chaqueta que me había servido de manta y me dispuse a marcharme. Antes, miré detrás de la vitrina y vi al viejo profesor tumbado y marmóreo. Tuve unos segundos de nostalgia y lo recordé como siempre lo recordaba, rodeado de libros o más bien ahogado en ellos, con la cabeza casi introducida en las páginas, bien cerca, a escasos centímetros, y con las pupilas dilatadas y los ojos absortos, pegado a ellas con ansiedad, víctima de un hechizo en blanco y negro. Parecía que alguien lo amenazara advirtiéndole de que si no seguía allí mirándolas se escaparían las letras sin revelarle el secreto final. Se me hizo extraño verlo con los ojos cerrados, esos que abría como un niño al que cuentas una historia del más allá escrita desde el más acá.

Recordé sus últimas palabras, dos días antes de que el cáncer lo consumiese definitivamente. De forma agónica, con los ojos cansados pero todavía chispeantes, musitó: «Escribe esa novela negra que tanto tiempo llevas buscando. Busca en la realidad. Será mejor inspiración que tu propia imaginación». Lo miré y le aseguré que no le iba a fallar, que yo la escribiría y que él la leería. Luego, cerró los ojos.

Y ya no los volvió a abrir.

Desde aquel momento, ya tuve una misión, un cometido literario: escribir la novela. Y en ese tanatorio, Luisito me había otorgado la historia. Luisito Brasi me había dado hasta el título: *Vidal tenía que morir*. Al pensar en papá barajé que a lo mejor él quiso, en algún momento de su vida, escribir una novela. Puede que una parte importante de nuestros sueños se construya antes de que nazcamos. Nuestros predecesores diseñan deseos que ellos no logran alcanzar, bien por falta de ilusión o de

empeño o por imposibles circunstanciales. Esos anhelos, como ADN ilocalizable y abstracto, nos son transmitidos penetrando en nosotros sin casi percatarnos. En ocasiones nos sorprenden una noche cualquiera o se van cocinando lenta e inconscientemente durante la infancia y puede que al desaparecer ellos, nuestros predecesores, sea entonces cuando nos atrevamos a realizar esos nuestros/sus sueños. Me di cuenta de que, como escribió Philip Roth, él seguiría vivo no solo como padre mío, sino como padre en permanente juicio de todas mis acciones. Lo miré y le dije «hasta luego» antes de marcharme.

El rocío me vivificó. Me abracé con la chaqueta y busqué el mostrador de información del tanatorio. En él vi a una recepcionista rodeada de coronas de flores con explícitas ofertas mortuorias. Vestida con un discreto uniforme azul, removía con el dedo la pantalla de su teléfono móvil mientras sostenía un café humeante en un vaso de plástico. Quería saber la hora en que Vidal saldría del tanatorio rumbo al cementerio.

Me sentí bien por haber tenido aquella idea: la de investigar a un muerto. Debía averiguar por qué lo mataron. Tenía un cabo del que tirar para inventar, para resucitar lo sucedido, aunque fuera parcheándolo con la inventiva. Seguro que a papá no le importaría alguna concesión a la ficción. Saqué de la memoria a mi admirado Philip Marlowe, el detective californiano que Chandler immortalizó. Sería un buen referente para mi aventura. Me acerqué a la recepcionista, que continuaba con su móvil, esta vez escribiendo con desidia.

No lo iba a tener fácil.

—¿Perdone? —Noté que me había temblado la voz, que todavía estaba verde como descubridor de misterios.

—¿Sí? Dígame —respondió tediosa sin dejar de wasapear.

—Quisiera saber hasta qué hora estará uno de los fallecidos. —Dejó el móvil un tanto molesta.

—Los fallecidos ya no están. Aquí están sus cuerpos —me corrigió también ella.

—Sí, eso quise decir.

—¿Quiere saber cuándo se lo llevan al cementerio?

—Sí, eso. Cuándo es el entierro.

—¿Cuál es el apellido? —preguntó mientras se acercaba a un ordenador. Ahí me dio en la rodilla haciéndome renquear. Pero no me amilané.

—Es un viejo amigo de la infancia. Se llama Vidal. —Tecléo en el ordenador con sendos dedos índices. Tardó más de lo previsto en negar con la cabeza—. Por Vidal no me viene nada —dijo con frase de telefonista anónima.

Serían las siete de la mañana y, posiblemente, el cansancio hacía mella en ella. Pero eso no me haría darme por vencido. Vidal tenía que estar en ese tanatorio. Era imposible que su cuerpo hubiera salido de allí. Rápidamente caí en el error. Vidal era el nombre, no el apellido.

—Perdone. Vidal es el nombre, no el apellido —corregí.

—En ese caso, necesito el apellido, ya se lo he dicho —añadió reiterativa e impertinente. Me dobló por la mitad. Tuve reflejos. Sin pensar dije el primero que me vino a la cabeza.

—García. García es el apellido. Vidal es el nombre.

Era el más común y el que en un algoritmo hubiera salido como resultado. Ella abrió los ojos y arqueó las cejas. Luego pestañeó y miró a los lados como buscando testigos.

—¿García? —preguntó.

—Sí. Vidal García —sentencié con rotunda seguridad.

—Miraré por García. —Y dejando una mirada conmisericordiosa tecleó en el ordenador. Alzó la vista y me ofreció tres pistas—: ¿García Márquez, García Pavón o García Rementería?

—El que se llame Vidal —respondí rápidamente con un acierto del que hasta yo me sorprendí. La suerte se puso repentinamente de mi lado.

—Claro. Perdone, estoy terminando ya el turno y estoy cansada.

—No se preocupe.

—Aquí está. Vidal García Rementería —dijo recuperando el tono de telefonista tediosa y cantarina—. Se lo llevan para el cementerio de la Almudena a las doce de la mañana.

—¿En qué sala está?

—En la doce.

—Muchas gracias. —Esbocé una sonrisa de satisfacción.

Pero la curiosidad volvió en menos de un segundo. ¿Y si fuese a la sala a verlo de cuerpo presente? ¿Y si fuese a ver el rostro de Vidal? ¿Y si me acercase ahora? Me fui a aventurar, pero me frenó en seco.

—Aunque ahora no hay nadie en la sala —añadió la recepcionista como si hubiese adivinado mi pensamiento—. La han cerrado con llave —añadió.

—¿Por orden policial?

—No, por orden de su familia. Y por orden también de sus amigos de toda la vida —añadió con sutil retintín.

Me ajusté de nuevo la chaqueta y bajé andando a pasos ágiles por el Puente de La Paz rumbo a mi casa. El frío se me hizo entrañable y familiar, como aquellas mañanas en las que salía de la radio después de hacer el turno de madrugada. Me sentía igual que entonces, cansado, pero con la satisfacción del trabajo bien hecho. Era el mismo recorrido que había realizado muchas veces antes de trabajar como becario en las madrugadas y también el que había andado miles de veces durante mi infancia. Era el puente que unió durante un tiempo mi barrio con un poblado chabolista que había justo en el lugar donde ahora se encontraba mi padre muerto. Al otro lado estaba nuestro Parque de las Avenidas, libre de peligrosos navajeros, nuestro territorio. Eran otros tiempos y nuestras piernas más veloces.

Miré abajo y vi coches pasando por la M-30, ese cauce que se abrió artificialmente para que lo poblasen metales y neumáticos, motores y humos, símbolos de una prosperidad que ahora enterrábamos. Las necesidades presentes se pueden convertir en molestias del futuro. Recordé cuando me alzaba sobre la barandilla del puente junto a mis amigos escupiendo en sus capós y en sus techos. Mi pandilla, con Jota, Hércules y Tenorio.

—Hay que tirarlos en parábola, fijándose bien en la dirección y la fuerza del viento. Y en el peso del lapo. El peso del lapo es fundamental

—decía Jota con una sonrisa pomposa que descubría unos hoyuelos rodeados de pecas. Era el que mejor puntería tenía—. Tienen que tener la flema justa. Ni mucha, ni poca —añadía cuando terminábamos, bien por desidia o bien porque algunos gitanos nos miraban demasiado atentos al otro lado del puente.

¡Cuánto los necesitaba por aquel entonces! Eran una parte importante de mi vida y pocas cosas se hubieran podido concebir sin ellos, sin aquellos con los que pisaba las calles en ruta hacia el futuro. Luego vi la casa familiar y tuve un pensamiento parecido. Cuánto necesité aquel hogar, a mi madre siempre tan entregada y cariñosa, y a mi padre, aunque solo fuera su presencia, con sus libros mudos y sus reflexiones posteriores que estrujaba dentro de sí, sin mostrarlas al resto de los que nos sentábamos a cenar junto a él. Hasta el imbécil de mi hermano, con sus ojos rojos de drogas primerizas y sus ensimismamientos adolescentes, fue una necesidad para mí.

No hubiera podido imaginar entonces que hoy ya no los necesitaría, que el amor que me tuvieron lo albergaba casi de una forma testimonial. Poco sabía de aquella pandilla del Parque de las Avenidas. Mi hermano vivía en Nueva York ajeno a todo, mi padre acababa de morir y mi madre solo podía esperar mi cariño o, más bien, mi presencia, el mero conocimiento de que su hijo estaba vivo, tenía trabajo, un dinero razonable y una mujer que lo quería.

Continué hacia mi casa, hacia la calle Clara del Rey, donde vivía con Bea y con Nachito, nuestro hijo. Me dio una tiritona tenebrosa cuando el viento se agitó en exceso. Miré el cielo y vi que las nubes se habían apretado. Ella estaría dormida de lado, como siempre lo hacía, a punto de despertar o en ese sueño alerta pendiente de Nachito. Puede que estuviese durmiendo con él, que hubiera metido al pequeño en nuestra cama. Los dos calientes y abrazados, plácidos en el descanso.

Cayeron unas finas gotas de lluvia y me encogí un poco, como protegiéndome del agua gélida que me achinó los ojos. Sentí envidia de los dos y unas ganas enormes de llegar y meterme en la cama a su lado. A ellos sí los seguía necesitando. Sus abrazos, sus conversaciones, el equilibrio que me aportaban. Pero era eso, calor y piel. También costumbre. La necesidad es cuestión de costumbre, de hábitos. Y la

necesidad puede cambiar o evolucionar y dejar de ser imprescindible en nuestras vidas. Me refiero a que ya quedaron lejos —o puede que los succionase como sangre fácil, quién sabe— aquellos años en los que mi necesidad era hablar con Bea sobre mis últimas ideas literarias y hasta cinematográficas, compartir con ella la aventura de imaginar y de construir la ficción. Ahora había otras necesidades, otras costumbres más comunes y cotidianas en nuestra relación: el niño, el trabajo, la hipoteca...

Así que al llegar a casa poco le podría contar sobre Luisito Brasi, sobre *Vidal tenía que morir*, sobre el descubrimiento de esa historia, sobre mi novela. En tiempos de noviazgo, hasta que aproximadamente se quedó embarazada, todo eran debates literarios, aportaciones, lecturas y relecturas. Mi sueño era escribir una novela negra, pero con el tiempo renegó de mis historias y hasta me trató de manipular y de orientar mis ideas hacia lo que yo consideraba cursilerías.

—Déjate de novelas negras —me decía—. ¿Por qué no escribes una novela de amor? Los detectives españoles no son como Philip Marlowe o Sam Spade. Son catetos con cámaras ocultas como las que llevan los cutres de los periodistas esos. No llevan sombrero ni gabardina, ni son interesantes y nobles.

»Además, ya no hay rubias platino que les permitan hacerse los duros y, si las hay, se van con empresarios con yate y chalé en Ibiza o con futbolistas. No son tipos duros que apestan a *whisky* y que viven en cuchitriles sin ventanas exteriores. Chandler ha muerto. Guille, escribe una novela de amor, una novela normal —comenzó a decirme a medida que su vientre comenzaba a tomar forma maternal.

Y una vez dio a luz, fue aún más insultante.

—¿Y por qué no te animas a escribir un libro de autoayuda? —se atrevió a preguntarme un día, para añadir en días posteriores—: ¿Y un libro de cocina vegana? Tienen mucho éxito, Guille.

En cierta forma puedo entender su postura, su búsqueda de la seguridad, su intento de retirarme de misiones casi imposibles y convencerme para intentar publicar libros de consumo y dinero rápido. Puede que eso hiciese que rechazase de plano todos mis proyectos

literarios —mis «pamplinas de juntaletas», como solía decir— y que, incluso, los utilizase como puñales con los que atacarme.

Crucé otro puente hacia la calle del padre Claret y volví a encontrarme con mis amigos del barrio. Esta vez miraban el papamóvil con Juan Pablo II y su *Totus Tuus* pasando por la carretera de Barcelona. Jota le escupió y provocó las recriminaciones de los curiosos. Reí al recordar cómo presumía de haber dado con su escupitajo en el techo transparente del papamóvil.

—He mojado el coche del santo padre. Llevará mi saliva por medio mundo.

—Lo lavarán —le recriminó Hércules.

—Ya. Lo lavarán, pero la saliva tiene unos componentes químicos que no se quitan ni con jabón. ¿Tú no sabes que a los asesinos se los pillan por las huellas dactilares, la sangre y las babas? Las babas, chaval, las babas —incidió histriónicamente—.

»¿Sabéis por qué? —Y todos esperábamos ansiosos la respuesta a su propia pregunta—: Pues porque se mantiene la esencia. —A los pocos segundos, añadió con orgullo—: La esencia de mi lapo viajará por medio mundo.

Todos, admirados, nos arrepentíamos en silencio de no haber escupido también al coche del papa.